

# **LOS NUEVOS DESAFÍOS DE LA ASOCIACIÓN ESTRATÉGICA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE Y LA UNIÓN EUROPEA**

**STELLA ZERVOUDAKI**

**Ex Embajadora de la Unión Europea en Chile**

## **Introducción**

La Unión Europea y América Latina y el Caribe están confrontadas en este momento con tres nuevos grandes desafíos que son la pandemia de Covid-19, el imperativo de aumentar la resiliencia de sus sociedades y sus economías y la necesidad de fortalecer la capacidad colectiva de proteger sus valores e intereses y liderar los cambios que vienen para evitar que el mundo vuelva a una rivalidad geopolítica bipolar o a un juego de balance de poderes.

Estos nuevos desafíos se insertan dentro de un contexto mundial particularmente complejo, marcado por riesgos globales como el cambio climático, las crisis financieras, el aumento de desigualdades, los grandes flujos migratorios, el ascenso de fuerzas nacionalistas e iliberales y el cuestionamiento del orden liberal internacional. Asimismo, se tienen que afrontar los retos y las fracturas internas, como las asimetrías y debilidades de los sistemas de salud, las bajas tasas de crecimiento, el retroceso de empleo y del bienestar de las poblaciones, el aumento de pobreza, la polarización creciente, las crisis de representación política y los bajos niveles de confianza de las ciudadanías.

En este momento, la prioridad está en invertir esfuerzos y recursos para superar la crisis sanitaria de Covid-19 que ha tenido un impacto devastador sobre las sociedades y economías de ambas regiones. Al mismo tiempo, tanto América Latina y el Caribe como la Unión Europea tienen que iniciar un proceso de recuperación post-pandemia

que cree las condiciones que les van a permitir reforzar su resiliencia y su capacidad de responder a retos futuros. Se debe tomar conciencia que juntos representan un tercio de la comunidad internacional; consecuentemente, si trabajan juntos, se puede fortalecer la autonomía estratégica superando la fragmentación política y evitando caer en la trampa del aislamiento y del proteccionismo.

Para hacer frente a estos desafíos, la Unión Europea y América Latina y el Caribe tienen que revigorizar su Asociación, establecer las bases de una relación renovada basada en un compromiso político más estratégico, una relación horizontal entre iguales, la identificación de nuevas formas de cooperación para responder a futuros retos y un enfoque selectivo en la acción conjunta para permitir avances entre grupos de países sobre temas concretos.

La Unión Europea y América Latina y el Caribe ya tienen una larga historia basada en lazos históricos y culturales. Esta relación comenzó en 1974 con el diálogo interparlamentario entre ambas regiones en respuesta a las dictaduras militares, se acentuó con los diálogos políticos entre gobiernos durante el proceso de paz en América Central y las transiciones a la democracia en toda la región y se consolidó en la Cumbre de Río en 1999 que estableció una Asociación Estratégica Birregional que prevé diálogo político, fomento de comercio y de inversiones y cooperación al desarrollo.

Desde entonces, la Unión Europea ha firmado Acuerdos de asociación, de libre comercio o políticos y de cooperación con 27 de los 33 países de América Latina y del Caribe. La UE es el tercer socio comercial más importante de América Latina y del Caribe. Es primer inversor extranjero en la región. La UE hace inversiones de calidad que integran estándares laborales, sociales y ambientales elevados e incluye una considerable transferencia de tecnología. La UE ha sido, también, el mayor proveedor de cooperación en áreas de interés estratégico como las energías renovables, la sostenibilidad ambiental, la seguridad alimentaria, el fortalecimiento de administraciones públicas, la lucha contra el cambio climático, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, el crecimiento sostenible y el fomento de la economía digital, entre otros. Además, los países de la UE y ALC han cooperado estrechamente en el ámbito multilateral en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y en el Acuerdo de París.

La Unión Europea sigue trabajando, a pesar de la pandemia, para modernizar su Acuerdo con Chile, concluir un Acuerdo con el Mercosur y suscribir un nuevo Acuerdo con el Caribe (en el marco de las negociaciones con el Grupo ACP), así como para finalizar la ratificación del Acuerdo de Asociación UE-América Central y el Acuerdo Comercial entre la UE y Colombia, Ecuador y Perú.

La nueva comunicación de la Unión Europea sobre las relaciones con América Latina y el Caribe que se puso en marcha en abril 2019 aspira a llevar esta Asociación a un nivel aún superior anticipando así la necesidad de mayor coordinación política y acción conjunta frente a los nuevos desafíos y grandes cambios. Se identificaron de común acuerdo cuatro sectores estratégicos: la prosperidad, la democracia, la resiliencia y la gobernanza global efectiva.

Se invita entonces a trabajar conjuntamente para crear prosperidad, empleo digno y crecimiento sostenible, reducir las desigualdades socioeconómicas, promover la igualdad de género, fomentar las inversiones y el comercio sustentable y preparar la transición

hacia una economía digital, verde y circular. Se propone también fortalecer la cooperación multilateral y la solidaridad, reafirmar el compromiso con la democracia y el estado de derecho y promover los derechos humanos y las libertades fundamentales.

En ese contexto, es importante definir con claridad el significado de los valores que unen las dos regiones y acordar las áreas de acción conjunta en vista de la superación de los desafíos actuales.

Desde la perspectiva de la Unión Europea, el multilateralismo es esencialmente un conjunto de reglas y métodos que los actores internacionales, sean estos estados, empresas o sociedades civiles, aceptan de seguir e implementar sobre la base de principios compartidos y vinculantes para todos. El rol del multilateralismo es establecer condiciones de igualdad entre los estados independientemente de su posición en el sistema internacional y proteger los bienes públicos globales frente a los riesgos de enfoques basados exclusivamente en intereses nacionales o consideraciones de mercado. El apoyo al multilateralismo en definitiva refleja una preferencia por normas y reglas equitativas en vez de juegos de poder y de actuación arbitraria.

En ese sentido, las dos regiones podrían trabajar conjuntamente en varias áreas de gobernanza multilateral, desde la implementación de la Agenda 2030, el fortalecimiento de organismos multilaterales como la Organización Mundial de Comercio (OMC) o la Organización Mundial de la Salud (OMS), la resolución pacífica de disputas, la reforma del sistema de Naciones Unidas, la acción climática y la protección de la biodiversidad hasta la identificación de las nuevas áreas que necesitan reglas globales como, por ejemplo, el manejo de nuevas tecnologías digitales.

La pandemia ha demostrado una vez más que ningún país tiene el poder o los recursos para dar respuestas por sí solo a las amenazas ni aprovechar por sí solo las oportunidades que brindan estos tiempos. También ha puesto en evidencia que nadie está a salvo hasta que todo el mundo está a salvo y, por lo tanto, ninguna respuesta exclusivamente nacional puede constituir una solución para todos.

Consecuentemente, la solidaridad y la cooperación internacional se comprenden no solamente como principios éticos y morales sino, también, como instrumentos que contribuyen al bienestar y la seguridad de todos, a una mayor resiliencia de los países y de las sociedades frente a crisis futuras, así como a la transición hacia modelos de crecimiento más sostenibles e inclusivos.

Por otro lado, la historia de ambas regiones ha demostrado el rol fundamental que los sistemas democráticos, la protección de los derechos humanos y del estado de derecho y el empoderamiento de la sociedad civil juegan en la consolidación de instituciones fuertes, la disminución de desigualdades, la mejoría en gobernabilidad, la prosperidad y la estabilidad en general.

La nueva comunicación sobre las relaciones entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe reconoce de una manera implícita cuatro factores importantes para aumentar el impacto de esta alianza: la importancia de encuentros políticos al más alto nivel entre los líderes de las dos regiones, la igualdad entre ambas partes, la necesidad de una cooperación innovadora y la posibilidad de coordinación en formatos variables.

En tiempos de incertidumbre como los que el mundo vive actualmente frente a la pandemia de Covid-19, entre otros grandes desafíos, se evidencia el rol de los líderes políticos que están invitados a desarrollar una visión común frente a la crisis, crear confianza y soluciones conjuntas. La movilización de fondos de cooperación europea para la pandemia, la organización de conferencia de donantes para apoyar la migración venezolana, los esfuerzos conjuntos para promover una solución política a la crisis de Venezuela y la participación del Alto Representante y Vicepresidente de la Unión Europea en la Cumbre de Mercosur son algunos ejemplos de la importancia de la actuación política concertada.

Finalmente, cuando se cuestiona el valor de la alianza entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe frente a grandes potencias como Estados Unidos y China o la aparición de otros poderes, se deben mirar de cerca las aspiraciones de nuestras sociedades. Éstas reclaman más respeto por sus derechos y más igualdad, así como un desarrollo que respeta el planeta y preserva las oportunidades de las futuras generaciones. Cuando se analizan los estallidos sociales no solamente en las dos regiones, pero en el mundo entero, se ve que solamente poniendo las preocupaciones de la sociedad en el centro de las políticas públicas y de las políticas exteriores se puede aspirar a soluciones duraderas ante los desafíos actuales y los retos futuros.

La nueva relación entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe se inscribe justamente en ese camino.